

teratura hebraica (**Le génie de la littérature hebraïque**), dice mucho. A ver si podemos resumir:

I. La literatura de un pueblo da la prueba de la importancia de su papel en el mundo. Una gran literatura supone un pueblo que ha hecho grandes cosas o al menos una gran cosa. Salvo muy raras excepciones, un pueblo tiene, en efecto, la literatura que se merece: ella vale lo que vale el pueblo mismo, siendo como es el reflejo de su alma. La grandeza de un pueblo no se mide por el lugar que ha ocupado en el mapa, sino por la acción ejercida sobre la humanidad. Y, como en definitiva las ideas gobiernan el mundo, un pueblo, al igual de un hombre, es grande cuando ha concebido fuertemente una idea, le ha dado cuerpo y se ha consagrado a su triunfo.

II. La derrota no es prueba de la falsedad de una idea: a menudo es la condición de su triunfo. Atenas, que ha sido vencida por Esparta, y que ha acabado en medio de las discordias civiles y de los excesos de la demagogia, ha hecho más por la humanidad que su rival triunfante.

III. Toda obra de genio implica cierto grado de impersonalidad porque debe salir de los límites de la personalidad para convertirse en obra verdaderamente humana. Todo lo que es personal es pequeño, mezquino y pasajero. El hombre es grande en tanto deja de pertenecerse para ser sólo el intérprete de la idea que ha hecho suya. La grandeza del hombre se mide por la grandeza del sacrificio de su personalidad.

Las grandes obras literarias son esencialmente impersonales. Así lo comprendió la antigüedad. La idea de la propiedad literaria es una idea de decadencia. Lo que es cierto es del dominio de todos. No tenemos de personal más que nuestros tanteos por llegar a la verdad, nuestras imperfecciones y nuestros errores.

IV. El hebreo, poco dispuesto a las sutilezas filosóficas, pero dotado de una imaginación fuerte, que se

posesiona de las cosas en su realidad sensible, no ha admitido nunca—o al menos no lo ha admitido sino muy tarde y por la influencia extranjera—esa justaposición de dos principios diversos, alma y cuerpo, que viven lado a lado y de los cuales uno sigue existiendo cuando el otro ha dejado de vivir. “Cuando Dios retira su soplo, la vida desaparece y el hombre se vuelve polvo.”

La vida, siendo la esencia misma del hombre, aparece al hebreo como el fin último de la creación. Sobre esta tierra ha concentrado él sus esfuerzos y sus esperanzas. Las perspectivas de una vida de ultratumba le han preocupado poco, y aun parece que sus profetas las hayan desechado como puerta abierta a la superstición y a la idolatría.

Gustavo Jaumann, eminente físico alemán, ha expuesto las mejores ideas sobre el fin del mundo en la conferencia de toma de posesión del Rectorado de la Escuela Politécnica de Brünn. La **Revue Scientifique** del 10 de mayo trae una traducción que recomendamos a los físicos del país. Ellos verán cómo abandonando la forma integral del principio de conservación de la energía y aceptando la forma diferencial, se salvan todas aquellas dificultades que el mismo Henri Poincaré no supo vencer y que hicieron creer a ciertos sabios llegada la hora del ocaso de las más fecundas concepciones del siglo XIX. La validez del principio de la energía es incontestable. Los fenómenos de radioactividad, mejor estudiados, suministran una sorprendente nueva confirmación. La teoría de la estabilidad de los sistemas planetarios, hoy bien cimentada, asegura una duración indefinida a la evolución física e intelectual de la humanidad.

Para alguien: el oro contenido en el agua de los mares parece cosa despreciable. Sin embargo, si se le pudiera recoger y repartir entre los